

Historia y arqueología

Locus amoenus, locus terribilis. El campamento de prisioneros del Prado de la Zarza (Guadalajara), 1938-1939

Enviado: 02/09/2024

Aceptado: 15/10/2024

[Luis Antonio Ruiz Casero](#) 

GIGEFRA/UCM
Correspondencia: ruiz.casero@gmail.com

[Carlos Marín Suárez](#) 

Departamento de Ciencias Sociales y Humanas,
Centro Universitario Regional del Este,
Universidad de la República (DCSH, CURE-Udelar)
Correspondencia: carlos.marin@cure.edu.uy

Marianna Bucchioni

Università di Bologna
Correspondencia: marianna.bucchioni2@unibo.it

Eduardo Alcántara Díez

UCM
Correspondencia: eduardoalcantaradiez@gmail.com

[Candela Martínez Barrio](#) 

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Correspondencia: candelamb@gmail.com

[Giulio Roberto Bartuli](#) 

Universitat de Barcelona
Correspondencia: giuliorobertobartuli@gmail.com

[Agnese Giannini](#) 

UCM
Correspondencia: aggianni@ucm.es

[Alfredo González Ruibal](#) 

Incipit/CSIC
Correspondencia:
alfredo.gonzalez-ruibal@incipit.csic.es

Alejandro González Trejo

Incipit/CSIC
Correspondencia:
Alejandro.gonzalez-trejo@incipit.csic.es

[Pedro Rodríguez Simón](#) 

SOT. Archaeological Prospection
Correspondencia: prsarqueologia@gmail.com

[Xurxo Ayán Vila](#) 

IHC/Universidade Nova de Lisboa
Correspondencia: xurxoayan@fcsh.unl.pt

Diana Romo Guijarro

UCM
Correspondencia: diana.romo.guijarro@gmail.com

Lucia Valentín-Gamazo Pintado

UCM
Correspondencia: luciaavgamazo@gmail.com

Resumen: Se presenta a continuación una síntesis de los resultados de la intervención arqueológica e investigación en fuentes primarias del campo de prisioneros de Prado de la Zarza (Cortes de Tajuña, Alcolea del Pinar, Guadalajara). Este lugar de represión fue habilitado en 1938 como campamento de uno de los Batallones de Trabajadores instaurados por el ejército franquista, y se mantendría en funcionamiento hasta la primavera de 1939. El trabajo, continuación de un proyecto general sobre la materialidad del entramado concentracionario en la provincia de Guadalajara, buscaba esclarecer los datos acerca de las condiciones de vida de los presos; la distribución, morfología y usos de las distintas estructuras que conformaron el campamento; así como tratar de establecer relaciones con otros casos similares ya estudiados y posibles rasgos generales de este tipo de espacios.

Palabras clave: Arqueología de la represión, trabajo forzado, frente de Guadalajara, Batallones de Trabajadores, campo de concentración.

Abstract: A synthesis of the results from the archaeological intervention and research in primary sources at the Prado de la Zarza prisoner camp (Cortes de Tajuña, Alcolea del Pinar, Guadalajara) is presented below. This site of repression was established in 1938 as a camp for one of the Labor Battalions (Batallones de Trabajadores, BBTT) instituted by the Francoist army and remained in operation until the spring of 1939. The work, a continuation of a general project on the materiality of the concentration camp network in the province of Guadalajara, aimed to clarify data regarding the living conditions of the prisoners; the distribution, morphology, and uses of the different structures that made up the camp; as well as to establish connections with other similar cases already studied and identify potential general characteristics of such spaces.

Keywords: Archaeology of Repression, Forced Labor, Guadalajara Front, Batallones de Trabajadores, concentration camp.

Resum: Es presenta a continuació una síntesi dels resultats de la intervenció arqueològica i investigació en fonts primàries del camp de presoners de Prado de la Zarza (Cortes de Tajuña, Alcolea del Pinar, Guadalajara). Aquest lloc de repressió va ser habilitat el 1938 com a campament d'un dels Batallons de Treballadors instaurats per l'exèrcit franquista, i es mantindria en funcionament fins a la primavera de 1939. El treball, continuació d'un projecte general sobre la materialitat de l'entramat concentracionari a la província de Guadalajara, buscava aclarir les dades sobre les condicions de vida dels presos; la distribució, morfologia i usos de les diferents estructures que van conformar el campament; així com intentar establir relacions amb altres casos similars ja estudiats i possibles trets generals d'aquest tipus d'espais.

Paraules clau: Arqueologia de la repressió, treball forçat, front de Guadalajara, Batallons de Treballadors, camp de concentració.

Introducción y estado de la cuestión

La intervención arqueológica de la campaña del 2024 en el paraje conocido como Prado de la Zarza (Cortes de Tajuña, Alcolea del Pinar, Guadalajara) ha tenido como objetivo la documentación de un campamento para prisioneros republicanos adscritos a los Batallones de Trabajadores del ejército franquista (BBTT), que estuvo en uso entre el verano de 1938 y la primavera siguiente, una vez estabilizado el frente en este sector tras

la cruenta ofensiva del Alto Tajuña o la Batalla Olvidada (31 de marzo-18 de abril de 1938) (González-Ruibal, *et al.*, 2010; Ruiz Casero, 2023). Los campamentos para BBTT pueden entenderse como un subtipo de los campos de concentración creados por el ejército sublevado en julio de 1937, dependientes de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros (ICCP). Los BBTT estaban integrados por prisioneros de guerra que no habían sido juzgados y que, una vez clasificados, fueron usados como mano de obra esclava y como escudos humanos en las fortificaciones de las líneas de combate franquistas. Por lo tanto, hay que diferenciar nítidamente este sistema del de los presos que ya en posguerra fueron a las cárceles políticas y que pudieron acogerse al Sistema de Redención de Penas por el Trabajo (García Funes, 2022a; 2022b; Gómez Bravo, 2007; Hernández de Miguel, 2019; Rodrigo, 2005).

La campaña estuvo orientada a la documentación de la materialidad del campo del Prado de la Zarza mediante una metodología híbrida que, tal y como ha sido defendida para la arqueología de los campos de concentración nazis, debe superar la excavación tradicional, e incluir otro tipo de intervenciones: en el suelo, en los textos, en la imaginería, en el paisaje, en la memoria, dialogando entre lo canónico y lo experimental (Myers, 2008). La arqueología de los campos de concentración sea entendida como un subtipo de la arqueología del pasado contemporáneo (Buchli y Lucas, 2001; González-Ruibal, 2019), de la arqueología de la represión y la resistencia (Funari y Zarankin, 2006) o de la arqueología de la dictadura (Rosignoli *et al.*, 2020), cuenta ya con cierta consolidación. El auge de este tipo de intervenciones lo podemos situar en la transición del siglo XX al XXI, tanto en el ámbito europeo (Myers y Moshenska, 2011), como, sobre todo, en el latinoamericano (Funari y Zarankin, 2006; Zarankin *et al.*, 2012). De este contexto destacamos el caso argentino, donde tuvo especial incidencia la repolitización generalizada tras la crisis del 2001 y la consiguiente apertura de las nuevas generaciones de arqueólogos hacia las materialidades del genocidio, en proyectos que tienden a ser dialogados y consensuados con víctimas, familiares y vecinos (Biasatti y Compañy, 2010), y que, por lo tanto, realizan el esfuerzo de implementar el carácter interdisciplinar en nuestra metodología e insertar intereses extraacadémicos en las agendas investigadoras (Haber, 2011).

Las formas imperialistas desarrolladas desde fines del s. XIX, enraizadas en el capitalismo fordista que preconizaban formas de biopoder y de dominación de tipo disciplinario con vínculos entre la prisión, el campo de concentración y la fábrica (Hardt y Negri en Traverso, 2022), en un contexto de aceleración de la modernidad y de la capacidad de destrucción, cuyo nacimiento podría situarse en torno al Primera Guerra Mundial (González-Ruibal, 2008), y con los nuevos tratados internacionales para el trato de prisioneros, como la Convención de la Haya de 1899, daría lugar al desarrollo de nuevos tipos de campos de concentración. En estos nuevos dispositivos concentracionarios la característica fue la asimilación de las arquitecturas utilizadas con las de la industria militar, mediante el uso de barracones efímeros, prefabricados o que siguen los manuales militares de las fortificaciones en campaña, donde los perímetros comenzaron a estar delimitados por el alambre de espino (Myers y Moshenska, 2011), perfeccionando la concentración y normalizando la aplicación del estado de excepción a todos aquellos *homines sacri* desnudados de sus derechos políticos (Agamben, 2006), con una tecnología concebida en las praderas para controlar los cuerpos de los animales en la nueva ganadería industrial, y empleada después en las líneas de trincheras: el alambre de espino (Razac, 2015). Esta perspectiva suele situar como precedente de estos dispositivos concentracionarios contemporáneos a los campos de concentración de la guerra de Secesión norteamericana; a la "reconcentración" de la guerra de Cuba de fines del s. XIX, en los últimos estertores del colonialismo español; y su auge con el desarrollo de las dictaduras y totalitarismos durante el s. XX (ver ejemplos en Rosignoli, *et al.*, 2020). Campos de concentración, lagers nazis, gulags soviéticos, campos de prisioneros, campos de trabajos forzados, centros de detención o centros clandestinos de detención son, de esta manera, algunas de las diferentes tipologías de este fenómeno (Marín Suárez, 2014). El caso

del campamento del Prado de la Zarza encaja en esta nueva tradición concentracionaria de corte netamente militar, en un contexto de guerra total, con la inclusión de la población civil en las estrategias militares y la movilización de los prisioneros de guerra como mano de obra esclava (García Funes, 2022a; 2022b).

Para el caso español, nuestro equipo ha participado en la conformación de la subdisciplina de la arqueología de los campos de concentración surgidos durante la Guerra Civil y que llegaron a los primeros años de la posguerra (González-Ruibal, 2011). Los recintos concentracionarios de Castuera (Badajoz) (González-Ruibal, *et al.*, 2011), del Seminario de Belchite (Zaragoza) —orientado a brigadistas Internacionales— (Rodríguez Simón, *et al.*, 2016), y el campamento de BBTT y posterior campo de concentración de Casa del Guarda (Jadraque, Guadalajara) (Ruiz Casero y González-Ruibal, 2023) son claros referentes de esta arqueología en España y precedentes directos de nuestras investigaciones en el Prado de la Zarza. Hemos de remarcar que nuestras sucesivas campañas en Guadalajara son pioneras en cuanto al estudio de la materialidad específica de este subtipo de campo de concentración diseñado para albergar BBTT durante la propia guerra civil.

La intervención arqueológica fue realizada a varias escalas espaciales, siguiendo la metodología asentada de la Arqueología del Paisaje. En primer lugar, a una escala micro, fue topografiado todo el paraje del Prado de la Zarza, donde se sitúan las estructuras del campamento de BBTT. Estas se reparten por una especie de anfiteatro natural formado por las laderas cubiertas de encinas que parten del prado formado en el meandro del Tajuña, en una de las pocas zonas abiertas en el cañón calizo por el que discurre su curso alto. Integrando los datos de las fotografías aéreas históricas y las realizadas con dron, la prospección e identificación *in situ* de estructuras y materiales, así como la tecnología LIDAR, hemos podido levantar una planimetría de detalle que nos ha permitido comprender el urbanismo y la lógica espacial del campo. Además, se excavaron con metodología estratigráfica (Carandini, 1997; Harris, 1991) cinco estructuras mediante la ejecución de media docena de sondeos, excavándose por completo dos de ellas.

En segundo lugar, a una escala semimicro, se han prospectado intensivamente los alrededores del Prado de la Zarza, constituidos por las mesetas del cañón del río Tajuña, en ambas orillas. Allí se concentran la mayor parte de las estructuras ganaderas tradicionales —parideras— que, o bien fueron usadas durante la guerra como lugares de combate, acantonamiento y para la vigilancia del campo; o bien fueron reconstruidas en la inmediata posguerra con materiales reciclados del campamento de BBTT. En esta tarea también fue analizada la arquitectura tradicional del pueblo de Cortes de Tajuña, que al igual que las parideras denota una alta actividad de chatarreo y reciclaje de los materiales constructivos del campamento.

En tercer y último lugar, a una escala macro, se han documentado y analizado espacialmente las obras levantadas por los prisioneros de los BBTT estacionados en la zona —principalmente pistas militares y fortificaciones—, y su vínculo el frente de guerra, a un kilómetro escaso del campamento, una vez estabilizadas las líneas con el final de la Ofensiva del Alto Tajuña.

De forma paralela a la intervención arqueológica se trató de documentar el campamento a través de las fuentes escritas. A pesar de ciertos hallazgos relevantes, la documentación de archivo específica es, por norma, bastante exigua. De entre los archivos consultados la principal información proviene del Archivo General Militar de Ávila (AG-MAV) y del fondo del Tribunal de Cuentas del Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH)¹. De esta manera cobran especial relevancia las entrevistas y conversaciones que el equipo ha mantenido con habitantes de los pueblos vecinos de Abánades y de Cortes de Tajuña, ambos en la inmediata retaguardia sublevada durante el período de uso del campamento, que se han acercado a conocer nuestro trabajo. Sus testimonios nos han permitido identificar materiales, localizar nuevos lugares y restos, y registrar

algunas vivencias de la población de la zona durante la guerra y la inmediata posguerra, transmitidas a través de las generaciones. Gracias a estos encuentros hemos conocido varias cuestiones muy relevantes para contextualizar el yacimiento arqueológico. Estos relatos alimentaron el proceso de investigación, habilitándose prospecciones específicas en esos lugares durante las tres semanas de trabajo de campo.

La arqueología aplicada a los contextos de la Guerra Civil y el posterior franquismo comenzó hace ya más de dos décadas. Desde 2006, nuestro equipo viene desarrollando una línea de investigación enfocada en el estudio de la materialidad arqueológica del conflicto, con un foco amplio (González Ruibal, 2010). Sucesivos proyectos nos han permitido aproximarnos al contexto concreto de la guerra en la comarca: a partir de 2010 se desarrollaron varias campañas arqueológicas en el Alto Tajuña con el objetivo de documentar la materialidad de la ofensiva republicana que tuvo lugar allí en la primavera de 1938 (González Ruibal, 2011). Sin embargo, el precedente directo de la intervención en el Prado de la Zarza han sido las sucesivas campañas arqueológicas en el campamento de BBTT y campo de concentración de Casa del Guarda (Jadraque), entre 2022 y 2023 (Ruiz Casero y González Ruibal, 2023). A través de una comparativa entre los dos casos de estudio pueden establecerse una serie de similitudes y diferencias que lleven a conclusiones generales sobre este tipo de recintos en el frente de Guadalajara.

Contexto histórico y geográfico

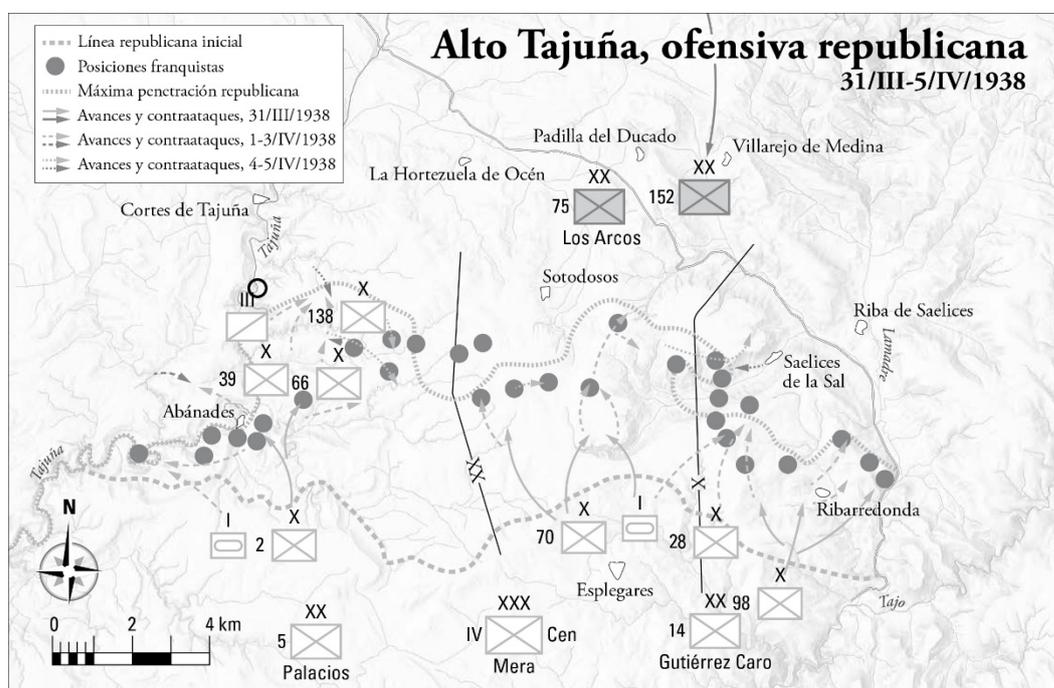
El campamento del Prado de la Zarza se sitúa a unos 2-3 kilómetros al sur del pequeño pueblo de Cortes de Tajuña, actualmente pedanía de Alcolea del Pinar, localidad de mayor relevancia junto a la histórica Carretera de Francia —actual Autovía A2—, que ejerce de capital comarcal, junto al límite provincial con Soria. El Prado es una llanura de inundación de uno de los meandros que forman el curso alto del río Tajuña, rodeado de los cerros amesetados predominantes en la zona y que, tradicionalmente, ha servido como área de tránsito entre los pueblos de Cortes y Abánades (Figura 1). Actualmente es un pintoresco lugar de paseo, empleado ocasionalmente como zona de pastos para los caballos que se crían en una finca vecina.

Figura 1. El campamento desde los cerros de su Oeste. Autor: Luis A. Ruiz Casero



Desde los primeros momentos del golpe de Estado de julio de 1936 contra la Segunda República, Cortes de Tajuña quedó dentro de la zona sublevada, y allí se mantuvo hasta el final de la guerra, sin sufrir directamente los embates de las operaciones militares hasta la primavera de 1938. Como municipio de segunda línea durante la mayor parte del conflicto, Cortes quedó sucesivamente bajo la jurisdicción de la División de Soria, luego renombrada 73.^a; y bajo la de la 75.^a, desde octubre de 1937 (Ruiz Casero, 2021). Con la estabilización del frente tras la batalla de Guadalajara, el segmento de la línea entre la Carretera de Francia hasta tierras del Alto Tajo fue conocido indistintamente por ambos bandos como sector del Alto Tajuña. La línea republicana quedaba lo suficientemente próxima —inmediatamente al sur de Abánades, a 6 kilómetros— para que el territorio de Cortes estuviese militarizado, siendo lugar de paso y acantonamiento para diversos contingentes franquistas durante todo el conflicto. La guerra se acercó peligrosamente a Cortes de Tajuña a raíz de la ofensiva republicana del Alto Tajuña, que degeneró en una brutal batalla de desgaste, la mayor de los frentes estabilizados del Centro (Ruiz Casero, 2023) (Figura 2).

Figura 2. La ofensiva republicana del Alto Tajuña. Marcado con un círculo de trazo negro, el Prado de la Zarza. Elaboración propia sobre Ruiz Casero 2023



En los meses siguientes, los esfuerzos de los sublevados en la zona se centraron en fortificar las posiciones estabilizadas. Los trabajos requirieron el empleo de grandes cantidades de material de construcción, así como un importante esfuerzo logístico, en el que tuvieron un papel clave las unidades de trabajadores forzados republicanos integrados en los BBTT. Estas unidades de explotación de prisioneros de guerra entraron en funcionamiento en 1937, y se mantuvieron como tales hasta la primavera de 1940 (García Funes 2022a; 2022b).

A pesar de que sus orígenes pueden localizarse en el comienzo mismo de la guerra, esta red de unidades de trabajo forzoso acabará alcanzando su punto álgido con la rendición masiva de fuerzas republicanas en Santander producida tras el llamado “pacto” de Santoña, cuando el número de prisioneros se disparó: casi 50.000 combatientes republicanos cayeron en manos de Franco. Así, a finales de 1937, las previsiones iniciales se habían superado con creces, alcanzándose unos 65 BBTT en total, número que

continuaría creciendo a lo largo de 1938. Cinco de estos batallones se destinaron al VII Cuerpo de Ejército, de guarnición en el frente de Guadalajara. Sabemos que por el campamento de Cortes de Tajuña pasaron efectivos de al menos dos de ellos, el 64.º y el 18.º, recayendo la propia construcción del campamento sobre el primero.

El 64.º Batallón de Trabajadores era conocido como el “Batallón Franco”, y llegó al frente de Guadalajara a mediados de febrero de 1938, procedente de Navarra. “En el batallón había vascos, santanderinos, catalanes...”, recordaba uno de sus integrantes, el prisionero asturiano Manuel Calvo Calvo (Laruelo, 1999: 117). Desde su llegada se les desplegó en el sector del Alto Tajuña, trabajando dispersos por compañías. Según la información de sus desertores a zona republicana, en la noche del 2 al 3 de junio se concentró al batallón en pleno en Cortes de Tajuña, en cuyo entorno comenzaron a trabajar de inmediato, construyendo pistas y fortificaciones². Sabemos que en octubre el batallón estaba al mando de José Rubio Cano, teniente de Infantería, y contaba en su plantilla con capellán y teniente médico. Sus efectivos se fueron incrementando desde unos 500 en julio a 615 en octubre (111 guardianes y oficiales y 504 prisioneros), hasta contar con 940 (84 guardianes y oficiales y 856 prisioneros) en enero de 1939³. En esas fechas permanecían en el sector, trabajando en la fortificación de la segunda línea defensiva franquista, en el kilómetro 105 de la Carretera de Francia, y reparando la pista militar Cortes-Valdelagua⁴.

Del 18.º Batallón de Trabajadores disponemos de menos datos. En julio-agosto de 1938 aparece ya desplegado en el sector del Alto Tajuña, proveniente del de Jadraque. En aquel momento, su 4.ª Compañía estaba acantonada en Cortes de Tajuña, mientras que las otras tres permanecían repartidas entre las localidades de Hontanares y Villar de Cobeta⁵. En octubre mandaba el batallón el teniente de la Guardia Civil Francisco Cabo de Dios, y contaba, como el 64.º, con un capellán y un teniente médico. También sus efectivos crecieron, desde los 663 (140 guardianes y oficiales y 523 prisioneros) de octubre de 1938 hasta los 939 (134 guardianes y oficiales y 805 prisioneros) de enero de 1939, cuando se encontraba desplegado entre Cortes de Tajuña, Padilla del Ducado, Riba de Saelices y Huertahernando, bien fortificando en primera línea, bien en labores de construcción de pistas militares⁶.

El campamento de trabajadores prisioneros de Cortes de Tajuña era solo uno de los centenares que surgieron tras la primera línea franquista. Solo en la provincia de Guadalajara hemos contabilizado media docena de estos recintos, aunque sin duda sabemos que habría más (Ruiz Casero y González-Ruibal, 2022). Sus orígenes debemos situarlos en el acantonamiento en el sector de grandes contingentes de tropas sublevadas a principios de 1938, cuando se temía una ofensiva republicana en aquel frente. Fue a partir de aquel momento cuando se comenzaron a acometer trabajos sistemáticos de fortificación por parte franquista, para lo que se necesitaba numerosa fuerza de trabajo. Buena parte de las pistas militares, trincheras y fortines franquistas del Alto Tajuña fueron construidos por los prisioneros, trabajando en condiciones de extrema dureza, y a menudo empleados como escudos humanos, especialmente en los días de la Batalla Olvidada (Padín Gallo, 2017).

Gracias a la documentación del AGMAV conocemos ciertos detalles sobre la construcción del campamento⁷:

Construcción del Campamento del Tajuña.

[...] Este campamento se compone de 10 chavolas (*sic*) para los trabajadores, 2 para la escolta, 1 para Sargentos, 1 para Cuerpo de Guardia, 1 para Parque y 1 para cocina.

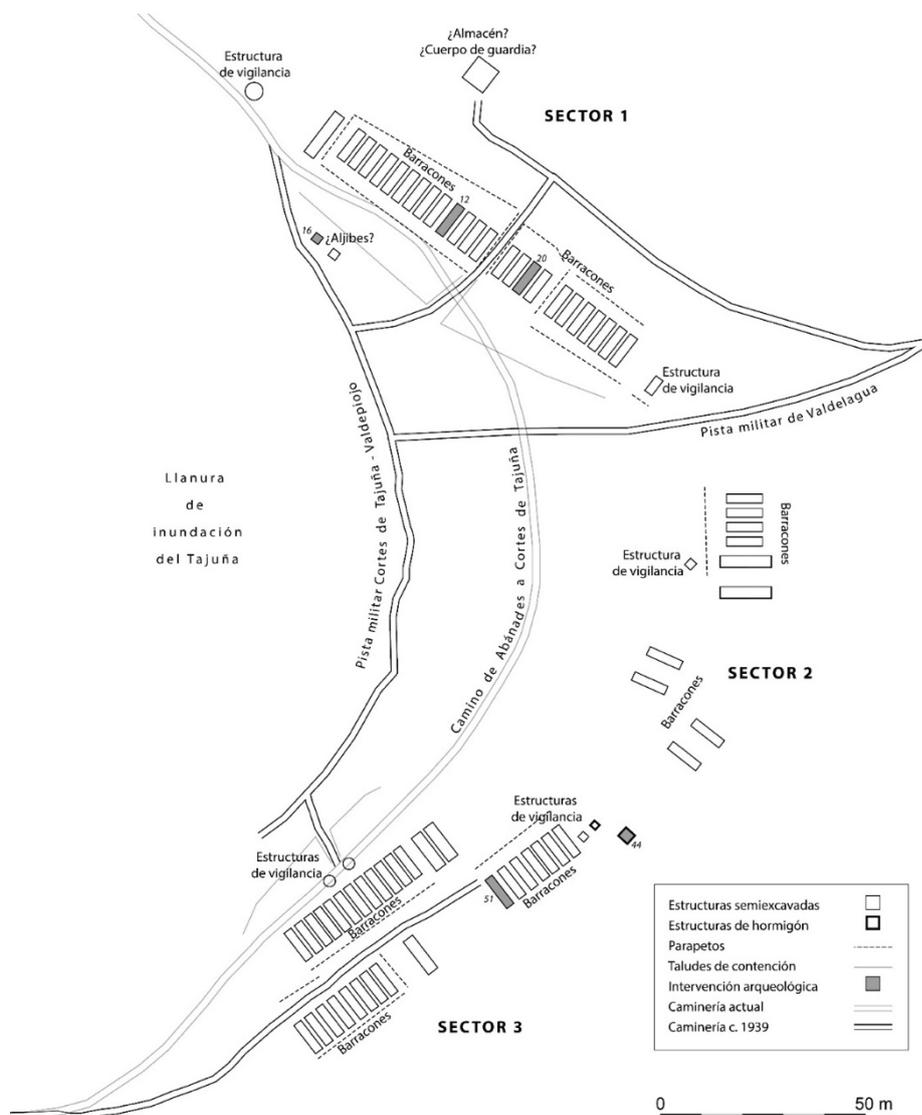
El tipo de chavolas es semienterrado con cubierta de chapa de elefante enmascarada con ramaje. Las chavolas se han construido en una ladera sobre la que apoyan sus extremos superiores.

La entrada se verificó por una zanja que sirve al mismo tiempo de drenaje que corre a lo largo de las chavolas. Todas las chavolas destinadas a vivienda de los trabajadores van rodeadas de alambrada de dos filas de piquetes.

En la construcción de este campamento se han invertido 340 chapas elefante, 33 metros de alambrada y se han excavado 210.280 metros cúbicos de tierra; además se han construido 10.000 metros cúbicos de mampostería cogida con barro.

Así, el campamento de Cortes de Tajuña quedaba compuesto inicialmente por 16 chabolas (esto es, barracones semiexcavados), que sirvieron para alojar a la compañía que las construyó. Su capacidad se ampliaría a lo largo de los siguientes meses, dado que en el campo hemos podido localizar muchas más estructuras, hasta multiplicar, al menos por cuatro, la escala inicial de las instalaciones (Figura 3). Sin embargo, no se ha localizado documentación al respecto de esas ampliaciones.

Figura 3. Plano general del campamento de BBTT del Prado de la Zarza. Autor: Alejandro González Trejo



El carácter oficial y administrativo, es decir, la forma de crear realidad de esta documentación militar del bando sublevado puede ponerse en diálogo con los recuerdos de las vivencias de los presos en este campo y en otros muy similares de las cercanías. La mayor parte de las memorias individuales de los que pasaron por los BBTT pueden entenderse como memorias subterráneas (Pollak, 2006), autocensuradas y no compartidas en el espacio público durante la larga dictadura franquista, llegando hasta nosotros como una forma de posmemoria (Sarlo, 2012), donde los hechos históricos son narrados por las generaciones siguientes a las que los sufrieron. La difusión de nuestros proyectos de investigación arqueológica en Guadalajara en redes sociales y medios de comunicación nos ha permitido entrar en contacto con esta posmemoria, transmitida por los hijos de las víctimas, que se han animado a hacer las cosas públicas en este contexto (González Ruibal, 2007). En algunos casos se trata de memorias redactadas por los protagonistas de los hechos, que puntualmente han llegado a la forma de artículos y libros editados (Padín, 2017; Laruelo, 1999; Zubikarai, 1983).

Los soldados de los BBTT contaban teóricamente con uniformes propios, ropa adecuada y con una alimentación suficiente, aunque esto distó considerablemente de la realidad en la totalidad de los casos de que tenemos constancia. Por el contrario, a través de los relatos de los protagonistas, entramos de lleno en las experiencias vividas directamente en este lugar, y que están marcadas por el hambre, la miseria, la humillación, los castigos, la extrema y aleatoria violencia y, por supuesto, la dureza de los trabajos realizados en los tajos en la primera línea de las posiciones franquistas, donde quedaban expuestos a los disparos de sus antiguos compañeros de filas.

A juzgar por los testimonios disponibles y por las propias inspecciones del ejército franquista, el día a día en los campos de concentración y campos de BBTT en Guadalajara estaba marcado por la malnutrición y las enfermedades (CICRC, 1953: 193):

La alimentación era mínima y monótona, provocando avitaminosis, enfermedades de la piel y hasta la muerte. En el cementerio de Irevita enterramos a un joven encontrado muerto a la hora de levantarse. Otro murió porque, sede dijo, sació su hambre comiendo maíz o trigo verde recogido de la mata.

El sacerdote vasco capturado por los franquistas Agustín Zubikarai recordaba la ausencia de ropa y de calzado adecuados, en climas tan extremos como el del Alto Tajuña, con heladas que pueden llegar a -20° en invierno y máximas de 40° en verano⁸:

Sin calzado. De 600, más de 200 no tienen calzado alguno. Muchos de ellos envuelven los pies con sacos y así "caminan". Hace mucho frío y nos morimos de frío. Hasta fines de febrero no nos dan ropa alguna.

A todo ello se sumaban las torturas y violencia extrema continuada contra los prisioneros, que incluía fusilamientos aleccionadores (Laruelo, 1999: 117):

En Cortes de Tajuña, un día, apareció por allí un alférez de Requetés [realmente era de Ingenieros, del parque de Sigüenza]. No pertenecía a nuestro batallón de Trabajadores, pero empezó a mandar allí. Castigó a unos por llegar un poco tarde a la cola de la comida. El castigo consistía en llevar a la espalda un saco de arena y trabajar y dormir y todo sin quitarlo; así un día o dos o los que fuesen.

Pero en estas memorias individuales también aparecen diversas formas de resistencia, desde algunos que consiguieron huir y pasarse a las filas republicanas, hasta aquellas “virtudes cotidianas” (Todorov, 1993) fundamentadas en la dignidad y el cuidado, y representadas por actitudes y acciones mínimas que si bien en la vida normal no tendrían excesiva trascendencia, en un campo de concentración fueron la clave para luchar contra la deshumanización o para salvar a algún compañero de la muerte (Padín Gallo, 2017: 81):

Un día, cuando estábamos formando para cenar, el sargento andaluz pegó a varios con su fusta, nos llamó a todos perrerías y dijo que nos iba a castigar. Nosotros sin decir palabra desfilamos todos, uno por uno, delante de las perolas, y nadie se sirvió la cena. Acto seguido volvimos a la formación. Enseguida empezaron a gritar que nos habíamos sublevado y los escoltas comenzaron a rodearnos entre los de Ingenieros y los moros. Nosotros quietos con nuestros platos y cucharas que eran nuestras armas y nuestra dignidad frente a aquellos fusiles que nos apuntaban (Padín Gallo, 2017: 81).

Finalmente, tras casi tres años, la guerra civil terminó oficialmente el 1 de abril de 1939. El final del frente de Guadalajara comenzó a vislumbrarse con el golpe del coronel de Casado, y la imposición de las fuerzas del Consejo Nacional de Defensa sobre sus enemigos dentro del propio campo republicano. El frente de Guadalajara estaba sostenido por parte gubernamental por el IV Cuerpo de Ejército de Cipriano Mera, que fue uno de los actores principales de la sublevación casadista (Ruiz Casero, 2023), por lo tanto, el final de la guerra no fue precisamente una sorpresa para los republicanos que custodiaban el sector del Alto Tajuña.

Sea como fuere, el ejército sublevado de Levante acabaría rompiendo el frente de Guadalajara el 28 de marzo. Pronto la alegría y la esperanza que invadió a muchos de los soldados apostados en este frente se tornaría en cautiverio, humillaciones y desilusión, cuando toda una red de campos de concentración se estableciera por toda la zona. Estaba planificado que los prisioneros del sector del Alto Tajuña tuvieran como destino los campos de concentración de Almazán, Sigüenza, Medinaceli y Maranchón, aunque gran parte de ellos pasarían también por otros de carácter más provisional, como los que surgieron en Cifuentes, Gárgoles o La Ruguilla (Ruiz Casero y González-Ruibal, 2022).

No se ha encontrado evidencia documental de que se emplearan las instalaciones de Cortes de Tajuña como uno de esos campos improvisados, pero no puede descartarse, como se verá más adelante. La memoria oral, no siempre fiable, refiere que hubo tropas acantonadas en el campamento de Cortes de Tajuña tras el 1 de abril de 1939, pero desconocemos con certeza su uso posterior, al menos, por el momento.

Intervención arqueológica I:

El entorno del campamento

Siguiendo una metodología propia de los estudios de arqueología del paisaje (Criado, 1993), uno de los objetivos del proyecto ha sido investigar el contexto geográfico, social y arquitectónico más amplio que rodea y en el que se sitúa el campamento de BBTT del Prado de la Zarza, y en el que el pueblo de Cortes de Tajuña jugó un papel destacado. Como es lógico, el diálogo entre el campo y su entorno nos ayuda a entender cuál fue el papel estratégico, funcional y político jugado por todos los elementos que componen el cuadro. Entre estos nuestra atención se ha centrado en las obras realizadas por la mano

de obra esclava de los presos del campo de BBTT, así como en el paisaje tradicional del pueblo de Cortes de Tajuña y el importante rol de la arquitectura ganadera aún presente en la zona, representada principalmente por parideras y corralizas levantados en piedra caliza. Algunas de estas parideras tienen un importante rol como testimonio con respecto a la vida del campo y por ser centrales en las fuentes documentales o en la memoria de los vecinos.

Comprobado el gran interés de estos elementos para nuestra investigación, durante la campaña se dedicaron días específicos para hacer prospecciones extensivas del entorno con algunos objetivos concretos. El primer objetivo fue constatar en el paisaje las evidencias citadas en las fuentes escritas y orales, como los mencionados enterramientos de prisioneros, las obras realizadas por los presos o la reutilización de las parideras antes y después de la vida en el campo. El segundo pasó por profundizar nuestro conocimiento del patrimonio arquitectónico doméstico y ganadero, evidenciando los casos de reaprovechamiento de materiales de construcción.

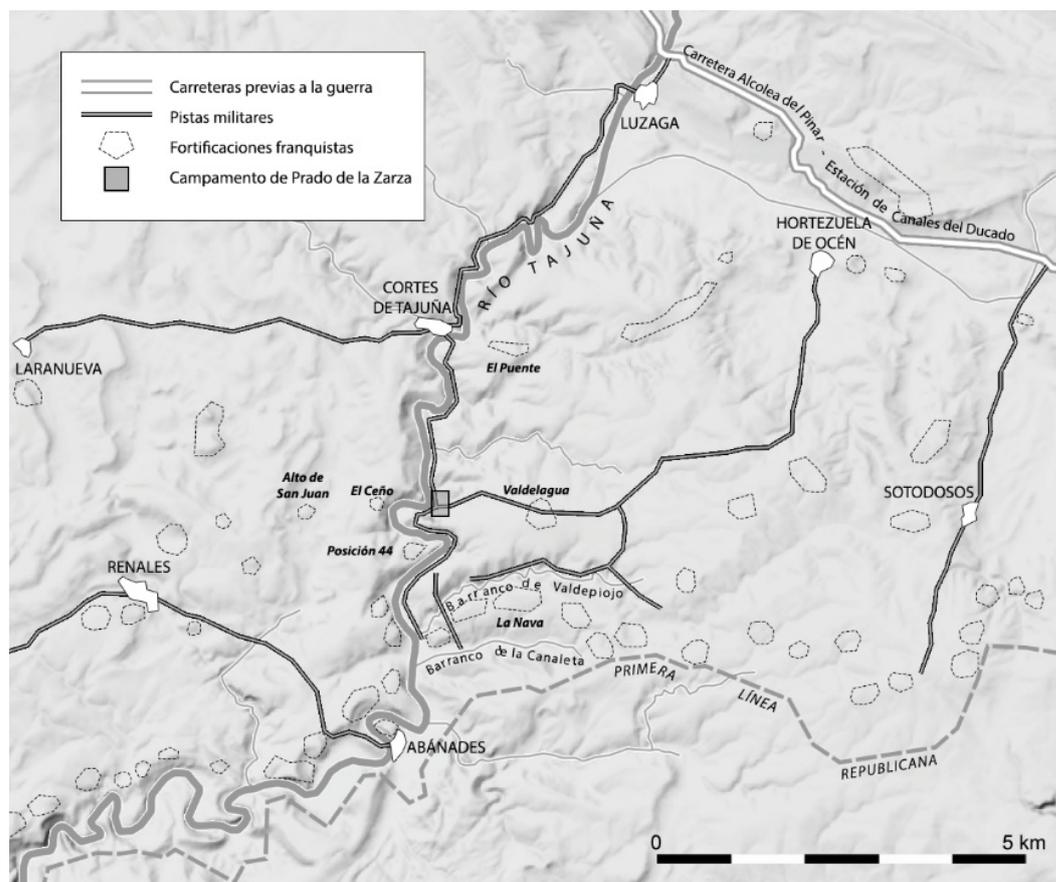
Las fuentes documentales y los testimonios de los vecinos permiten identificar algunas de las obras realizadas por estos presos (Figura 4). La mano de los prisioneros puede rastrearse en los centenares de metros de trincheras y nidos de hormigón documentados en la zona durante las campañas de 2010-2014 (González Ruibal y Ruiz Casero, 2022). Respecto a las pistas militares es interesante marcar que junto al propio campo de concentración fue realizado un puente para vehículos militares sobre el río Tajuña, del que parten los caminos que comunicaban Cortes de Tajuña y el pueblo de Abánades por el fondo del cañón y a ambas orillas del río. Desde este puente también parte la pista militar que sube hacia la línea de frente más cercana, en la posición de Valdelagua, donde eran usados como escudos humanos mientras cavaban las fortificaciones franquistas (Padín Gallo, 2017: 82):

Aquí lo pasamos francamente mal haciendo las trincheras porque estábamos entre dos fuegos. Unos días nos fusilaban los militares del ejército franquista y otros los nuestros. Nuestro jefe estaba muy bien escondido y desde su guarida tiraba piedrecitas para indicarnos dónde teníamos que hacer la zanja, también se parapetaba la escolta que llevábamos para que no intentáramos escapar y después nos mandaban salir a nosotros con el pico y la pala, así que salíamos a probar suerte: si intentabas escapar, te fusilaban los nacionales; y si no, los republicanos, que estaban al otro lado de la línea. El batallón tuvo bastantes bajas: unas setenta entre vivos y muertos. Una de las veces emplearon la artillería para hacernos desalojar la posición donde estábamos trabajando, entre nosotros caían los cascotes de metralla, piedras y tierra.

La documentación también indica que realizaron la pista, hoy carretera, que une Cortes de Tajuña con Laranueva, cortando todos los huertos y campos de cultivo de la estrecha franja al norte del pueblo, tal y como recuerdan los vecinos.

La interacción entre la vida de los presos y los vecinos de Cortes de Tajuña fue intensa, especialmente en los momentos previos a la construcción del campamento. Algunos relatos de ex prisioneros del Prado de la Zarza a los que hemos podido acceder en el AGMAV⁹ y otras memorias escritas personales (Padín, 2017: 78-79; Zubikarai, 1983: 149-170) cuentan que antes de que empezara a construirse el campamento (a finales de verano 1938) se acuartelaron a los prisioneros dispersos por los pueblos de la zona, aprovechando viviendas vacías, corralizas y parideras.

Figura 4. Pistas militares y fortificaciones en el entorno del campamento. Autor: Alejandro González Trejo

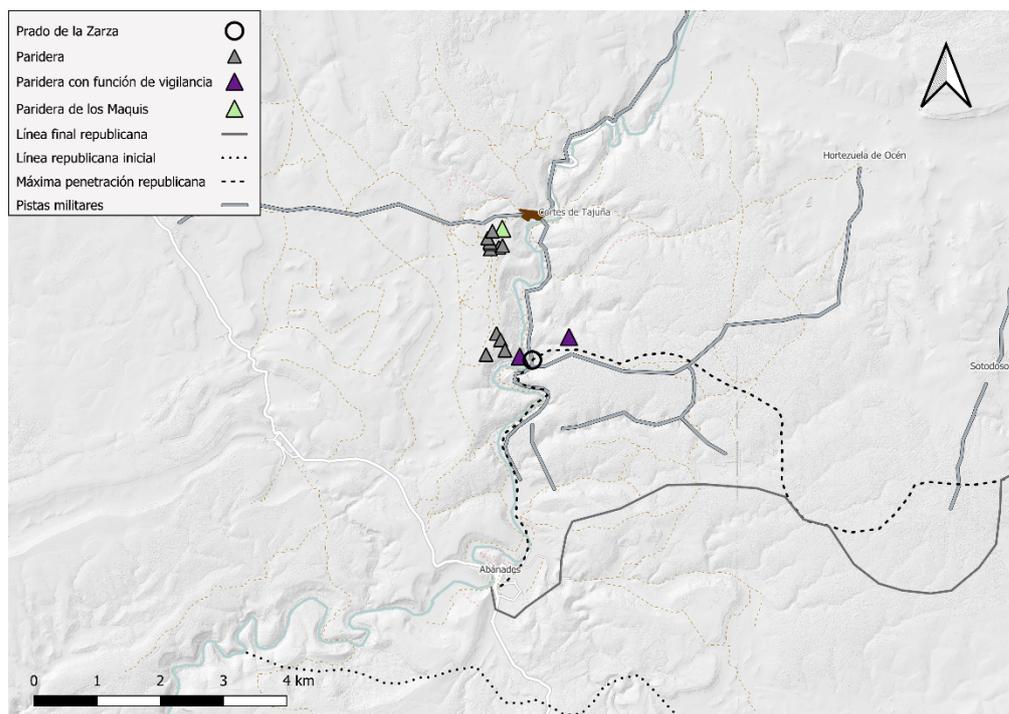


Cuando el campamento entró en pleno funcionamiento las alambradas de espino no lograron contener allí las huellas de la violencia, que aún pueden rastrearse en el entorno. Como hemos podido constatar con las entrevistas a los vecinos (Ruiz Casero y González-Ruibal 2024: 20), los fusilamientos de prisioneros permearon el paisaje funerario de Cortes de Tajuña. Varios de los testimonios orales nos hablaban de inhumaciones de presos en los alrededores del cementerio viejo del pueblo. La prospección permitió documentar hasta cinco pequeños túmulos cubiertos por lajas de piedra que seguramente se correspondan con algunos de estos enterramientos

En las prospecciones se identificaron hasta 14 parideras en el entorno inmediato del campamento, en diverso estado de conservación (Figura 5). Se han individuado dos de ellas como lugares de control y vigilancia de los presos gracias a la memoria colectiva del pueblo. La arquitectura tradicional de estas parideras había sido modificada, añadiendo ventanas con troneras en las paredes laterales y aberturas de muros para permitir ejercer la vigilancia a 360 grados. La situada sobre la peña de los Mozos está muy deteriorada, sin techumbre. Acaso desde este lugar se organizase la guardia que controlaba el campo de prisioneros desde la cima de este cerro, a modo de panóptico desde el que se ven perfectamente todos los barracones, colocados en arco en la ladera de enfrente.

La otra paridera se encuentra en una cota similar en la orilla opuesta. Su estado de conservación es mucho mejor, y se aprecian bien las modificaciones arquitectónicas para su reutilización para funciones de vigilancia. Al estar en la misma ladera que los barracones su control visual es mucho menor. Sin embargo, controla directamente la pista construida por los presos y por la que se accedía a la primera línea franquista.

Figura 5. Parideras documentadas en prospección. Autor: Alejandro González Trejo



En cuanto al periodo de posguerra, también se ha podido observar una intensa reutilización de material de construcción procedente del campamento, principalmente piquetas de alambrada y chapas corrugadas curvas (llamadas “chapas de elefante” en la documentación de época), que los vecinos emplearon en la reconstrucción tanto de las casas y huertos de Cortes de Tajuña y Abánades, como de las parideras. Sabemos por los testimonios locales que llegó a haber una auténtica industria de transformación de estas chapas, que los vecinos aplanaban pacientemente para emplearlas como puertas, aleros, tejados, cerramientos de huertos... De las dieciséis estructuras tradicionales documentadas, diez presentan elementos constructivos de reutilización procedentes del campamento de prisioneros. Se trata principalmente, de chapa de elefante, alisada y reutilizada para construir puertas, portones techados, a menudo reforzada con piquetas metálicas de alambre de espino, a veces con cierta pretensión decorativa. Hemos podido detectar diversos reaprovechamientos de ese material constructivo también en el espacio “urbano” tanto de Cortes como de Abánades.

Los efectos de la represión siguieron definitivamente más allá del final oficial de la guerra y se transmitió en la tradición oral la noticia de que hubo una persistencia de partisanos antifranquistas en la zona. Los maquis, como los denominan los vecinos, eligieron las parideras como refugio para su vida en la clandestinidad. Una de estas estructuras sigue siendo hoy conocida como “La paridera del maquis”. Allí encontró cobijo un guerrillero (o dos, según la versión), que contaba con un niño del pueblo como enlace, facilitándole tabaco y comida que compraba en Cortes con el dinero del partisano. Esta situación duró poco tiempo, ya que el niño, en una de sus bajadas a la taberna se topó con la Guardia Civil, viéndose obligado a delatarlo por miedo a que le preguntaran por qué tenía tanto dinero encima. La Guardia Civil emboscó la paridera, dejando los impactos de bala en la puerta, tal y como reseñan los vecinos. Los guerrilleros no murieron allí, sino que fueron rematados unos cientos de metros más allá, en mitad del campo. Se trata de uno de los escasos testimonios documentados sobre la guerrilla antifranquista en toda la provincia de Guadalajara, por lo que cobra un valor excepcional. La prospección arqueológica nos permitió documentar esa estructura, con los impactos de bala referidos por los

vecinos. Lamentablemente, la paridera se encuentra en grave riesgo estructural, con la mitad de su puerta vencida.

Los resultados de las prospecciones nos han permitido apuntar algunas reflexiones interesantes. El conjunto de arquitectura etnográfica de las parideras se encuentra hoy en un estado de abandono y decadencia, pero, a pesar de su apariencia ancestral, al examinarlo a través de la historia contemporánea de la comarca del Alto Tajuña, se hace evidente su relación con la presencia militar durante la guerra civil. Es muy probable que durante la guerra muchas de estas estructuras fueran saqueadas por parte de los miles de soldados y prisioneros que pasaron por la zona, especialmente en lo que concierne a los tejados y los elementos de madera. Al acabar de la guerra, por otra parte, las parideras se enfrentaron a un proceso de reparación física, volviendo a construir y a implementar las estructuras con objetos procedentes de las instalaciones militares, como las chapas de zinc que techaron barracones y fortificaciones, “en un proceso de ida y vuelta del ex-polio entre el frente y los espacios civiles” (Ruiz Casero y González-Ruibal 2024: 70). El análisis del paisaje en el que se inscribe el campo de Prado de la Zarza nos ha permitido situar nuestro caso de estudio en un contexto complejo, en el que la materialidad nos habla del impacto económico, político y psicológico (provocado por la presencia invasiva de dinámicas de violencia) que la presencia del frente y del campo de reclusión han tenido en la zona.

Intervención arqueológica II:

El Prado de la Zarza

La cartografía generada sobre el terreno en el campamento del Prado de la Zarza permitió identificar un considerable número de estructuras. Si nos guiásemos solamente por la documentación localizada en los archivos militares, pensaríamos que el campamento contó solamente con 16 “chabolas”, como se ha visto; cuando el mapeado del yacimiento demuestra que, tras la fecha de su construcción, el campamento creció considerablemente, llegándose a documentar hasta 83 estructuras, 67 de ellas de habitación (Ruiz Casero y González Ruibal 2024: 70). Así, se trata de un 40% más de construcciones documentadas que en el caso de Casa del Guarda, en Jadraque. En ambos casos encontramos que los prisioneros habitarían barracones con una planta rectangular, semiexcavados en el suelo siguiendo un patrón que recrearía los modelos de abrigos de tropas militares, pero ahí acabarían las similitudes formales. El campamento de Cortes es mucho más regular, más homogéneo en sus estructuras, y ofrece una distribución característica en hileras que conforman un semicírculo, donde en Jadraque había disparidad e improvisación.

A continuación, se describen los trabajos de excavación en cada una de las estructuras sondeadas.

Barracón semiexcavado 12

En este barracón se realizaron dos sondeos en puntos diferentes, para así poder identificar sus principales elementos estructurales. El primero de ellos, junto al fondo de la construcción, dejó a la vista los derrumbes de los taludes NW y SE, así como un depósito central con piedras calizas y restos de material constructivo el cual cubría otro nivel similar pero más uniforme, sin presencia de cantos. Debajo de estos niveles se encontró un depósito de tierra densa con carbones, acaso un nivel de uso, que cubría los restos

de un hogar contra la esquina E de la estructura y el corte del barracón en el nivel geológico.

El segundo de ellos dejó a la vista la zanja de acceso a los barracones, tal y como describían las fuentes documentales (*“La entrada se verificó por una zanja que sirve al mismo tiempo de drenaje que corre a lo largo de las chavolas”*) (Figura 6). Bajo los estratos superficiales se encontraron varios niveles de relleno antrópico: el primero arcilloso, el segundo de arena compactada, y el tercero de piedras de gran tamaño sin apenas arena. Esas características eran muy similares a las descritas por un superviviente de los BBT para la ejecución de caminería (citado en García Funes 2022a: 247-248):

Para hacer la carretera teníamos que limpiar la zona por donde iba a pasar. Teníamos que quitar la tierra, las piedras y los árboles. Luego allanarlo y hacer la “caja”. Esta se rellenaba con una capa de piedras grandes. Después, con un “porrillo” [...] machacábamos las piedras muy menudas, hasta que se hacían gravilla. Echábamos una capa de esta gravilla mezclada con tierra encima de las piedras y luego pasaba la máquina para compactarlo todo. Así hacíamos la carretera.

El corte de la zanja en el sustrato natural conformaba un escalón entre los muros de cierre del barracón, que reduciría la entrada de humedad al interior a través de la puerta de acceso.

Figura 6. Zanja de acceso del barracón 12 tras la excavación.
Autor: Luir A. Ruiz Casero



Los trabajos revelaron una estructura rectangular regular de 2,20 m. de ancho por 7 de largo, construida mediante el picado y excavación del sustrato contra la ladera, de 1,10 m. de profundidad en la parte más elevada y prácticamente a ras de suelo en la zona de la entrada. Se pudo identificar también que los muros estaban formados por el propio corte en el sustrato, recrecido con mampostería a medida que desciende la pendiente allí donde era necesario.

En la excavación se recuperaron abundantes restos de material constructivo: mampuestos de caliza, restos de ladrillo hueco y fragmentos de cemento. Muchos de estos fragmentos conservan un característico perfil ondulado en uno o dos de sus lados, y una concavidad en la parte central. Descubrimos así uno de los rasgos característicos de los barracones de Cortes: los canales que existieron entre todas las estructuras de cada hilera. Servían a un doble propósito: prender la techumbre de chapa de elefante —de ahí la impronta del ondulado— y evacuar la humedad y el agua de lluvia hacia la zanja de acceso. El hecho de que estos canales aparezcan muy fragmentados y en el interior del barracón, dispersos por la práctica totalidad de unidades estratigráficas, reveló también el temprano expolio de las techumbres de chapa tras el abandono del campamento.

En total, en los dos sondeos practicados en el barracón, se localizaron 130 objetos muebles. La mayoría de ellos —un 65,4%— son materiales relacionados con la construcción o la fortificación. Entre esta categoría predomina el alambre (26 fragmentos de alambre sencillo y 18 de espino), los clavos (26 de diversas tipologías) y los crampones (15 unidades). Resulta llamativo el número de estos últimos elementos, así como su localización —la mayoría junto a los muros longitudinales de la estructura—, que puede hacernos pensar en algún tipo de instalación longitudinal a lo largo del barracón (¿algún tipo de estante o colgador de alambre?). Uno de ellos aún conserva un fragmento de alambre anudado alrededor.

La segunda categoría más representada es la de los elementos de alimentación, con un 46,9% del total. Predominan los restos de fauna (27 fragmentos óseos); y, después, los de botellas de vidrio (18 fragmentos), con dos ejemplares identificables: uno de la cerveza sevillana “La Cruz del Campo”, y otro de vino de Jerez de las bodegas “González Byass”. También se han localizado 16 fragmentos de latas de conserva, la mayor parte de ellas cilíndricas, de contenido indeterminado. Se ha identificado una de ellas como de leche condensada, marca “El Niño”.

En cuanto a la munición, han aparecido 7 elementos, la mayor parte de calibre 6,5x52, Carcano, una guía de peine con tres proyectiles completos aún en su interior, y otros tres proyectiles completos más. También apareció un casquillo sin percutir de máuser alemán y una bala de pistola o subfusil de 9x23 milímetros —“Nueve Largo”—.

Estructura 16

A diferencia del barracón 12, esta estructura fue excavada completamente. La intervención permitió apreciar las paredes, bien preservadas, verticales, excavadas en el sustrato. Sobre el fondo, a unos 70 cm de profundidad, se situaban unos sillares de caliza, colocados a modo de plataformas. Los hallazgos de material mueble fueron relativamente pobres: se encontraron sólo 27 elementos, la mayoría restos de vidrio, fauna y alambre de espino. No apareció ningún nivel detrítico de una escala compatible con unas letrinas, lo que permitió descartar ese uso y, a falta de una hipótesis concluyente, se puede especular que el uso de la estructura 16 —y su gemela 17— tuvo que ver con el aprovechamiento hídrico, dada la zona de inundación en la que se encuentran, por debajo del talud que delimita a los barracones.

Barracón semiexcavado 20

En esta estructura, otro de los “barracones tipo” del campamento, se decidió practicar un sondeo en su parte central, con el objetivo de recabar datos de un punto diferente al del Barracón 12. Entre el colapso de los taludes laterales se halló abundante material constructivo: mampuestos y tierra procedente de los muros laterales y, nuevamente, restos del canal de cemento entre barracones, con la característica impronta ondulada de la cubierta de chapa de elefante. Esos fragmentos arrojaron luz sobre la precariedad

material en la que trabajaban los prisioneros: en unas partes se aprecia la marca de una paleta de albañil de punta redondeada, pero en otras hay evidentes marcas de dedos: algunos prisioneros se veían obligados a allanar el cemento con las manos desnudas¹⁰. La excavación mostró que la colmatación del barracón tras su abandono fue menor que la de otras estructuras intervenidas, debido a su ubicación y la protección frente a la escorrentía que ofrecían los taludes. Bajo los niveles de relleno, el suelo, de tierra apisonada como en el Barracón 12, pero que en este caso presentaba un parcheado de cemento junto a la pared NW, probablemente para elevar una zona propensa a encharcarse. Las dimensiones interiores de la estructura son muy similares a las del barracón 12, reforzando la idea de la regularidad del campamento: unos 7,50 m. de largo por una anchura que parecía oscilar entre los 2,50 y los 3 m.

El sondeo no resultó tan productivo en materiales muebles como los practicados en el barracón 12, localizándose 27 elementos. Predominan los restos relacionados con la alimentación —15 objetos, un 55,5%—, el material de construcción —5, un 18,5%—, y la munición —3 piezas, un 11,1%—. Entre el material de alimentación, destacan las latas de conserva, de las cuales dos tienen una marca identificable: leche condensada El Niño —muy habitual en el caso del campamento de Casa del Guarda— y otras dos aparecen con el marcaje “PACKED IN SPAIN”, pero se desconoce qué contuvieron. Una de las latas cilíndricas presenta un orificio redondo junto al borde superior, practicado desde dentro, acaso para pasar un alambre o un cordel que no se ha conservado, evidenciando algún tipo de reutilización.

La munición se limita a dos balas de calibre 8x50R (Lebel), sin marcas de impacto o estriado visibles; así como una vaina de 6,5x52 (Carcano), que ha perdido su cápsula fulminante. Entre el material singular, destaca un segmento de cable eléctrico con restos de aislante, posiblemente compatible con cable telefónico.

Estructura 44

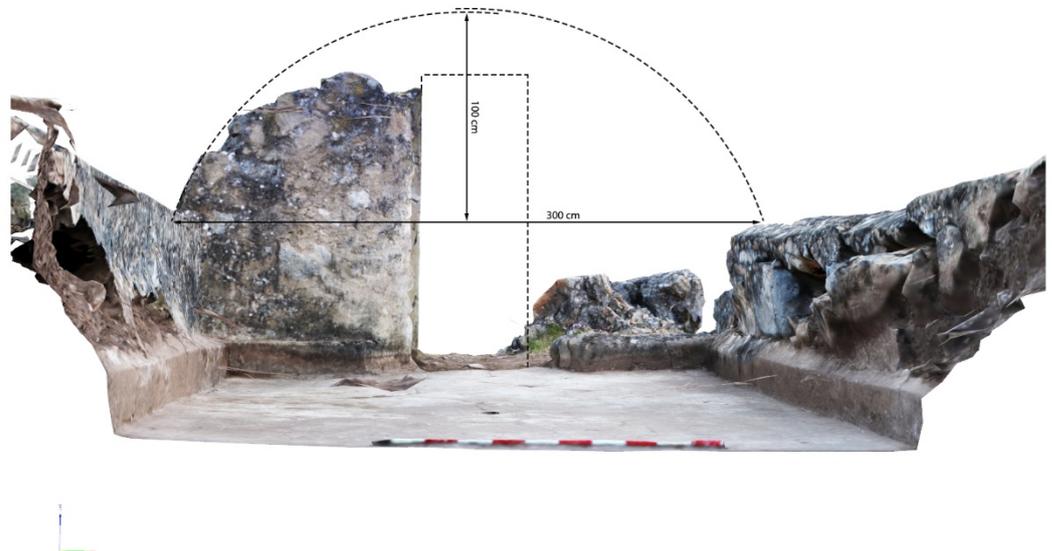
La que denominamos Estructura 44 es una de las más singulares a nivel constructivo del campo. Presentaba, a simple vista, una factura mucho más sólida que la de los barracones semiexcavados, con muros elevados por encima de la cota del suelo y buena parte del aparejo de mampostería sólidamente prendido con cemento, aún en pie. Junto a la entrada, la hojarasca y el leve nivel de humus superficial se habían depositado directamente sobre el suelo de cemento, con lo que este quedó en seguida a la vista (Figura 7). Bajo el derrumbe, un depósito de grava y, entre éste y el suelo, un nivel de tierra suelta con restos de cemento, que, como en otras estructuras, testimonia un expolio temprano de la techumbre.

A pesar de que los hallazgos de material mueble no fueron abundantes, el barracón 44 ofrece una serie de datos estructurales de gran interés, no solo para el conocimiento de la propia estructura, sino para todo el campamento de Cortes. La conservación de parte del muro de acceso y de la impronta de los laterales de las chapas de elefante *in situ* ha permitido reconstruir las dimensiones de cada segmento de esta chapa, usada, como se ha visto, en la mayor parte de estructuras del campamento (Figura 8). Dos segmentos unidos mediante dos tornillos y dos palomillas formarían un arco de medio punto rebajado, de 3 metros de ancho por 1 de alto. La chapa se suministraba en segmentos de unos 70 centímetros, que en la construcción podían solaparse parcialmente o apilarse para mejorar su capacidad de aislamiento. Los hallazgos en prospección de restos de este material nos permiten conocer su espesor (1 milímetro), y saber que estaba hecha de zinc. Las medidas son coherentes con las de la totalidad de estructuras intervenidas, e incluso con una de las estructuras de Casa del Guarda que estuvo techada de la misma manera.

Figura 7. La estructura 44 tras la excavación.
Autor: Luis A. Ruiz Casero



Figura 8. Reconstrucción de las medidas de la cubierta sobre corte del modelo fotogramétrico de la estructura 44. Autor: Alejandro González Trejo



Generated with [Agisoft Metashape](#)

En el exterior de los muros laterales, la estructura presenta sendas canaletas para la evacuación de agua, muy similares a los fragmentos hallados en los barracones semiexcavados, pero con solo un lado con impronta de chapa, dado que se trata de una estructura exenta. En el cemento que la cubre se ha localizado un grafiti (“ALE...” ¿quizá la firma de uno de los trabajadores forzados?). El interior de la estructura destaca por su

buena factura. Está parcialmente revocado de cemento, y posee un zócalo en torno a todo el suelo.

Las paredes laterales exceden la longitud del suelo en un metro, quizá para conformar una leñera en la parte trasera a cubierto de la lluvia o la nieve. En el centro de la estructura aparece un agujero de poste, que contribuiría a sustentar no solo la techumbre, sino el peso del ramaje que sabemos que se empleó como camuflaje. A pesar de su buena factura, el barracón carece de hogar, lo que implicaría que no fue diseñado como una estructura de habitación, sino de un almacén para guardar objetos que requiriesen de un mejor aislamiento de la humedad que el que podían ofrecer los barracones semi-enterrados (¿un polvorín, un botiquín?).

La estructura proporcionó muy pocos hallazgos muebles: un total de 22 piezas. La mayoría de ellas están relacionadas con la alimentación: un par de latas cilíndricas indeterminadas y unos cuantos fragmentos de vidrio y cerámica. Destacan los restos de al menos tres botellas de medicamentos: una indeterminada, de vidrio transparente, y otras dos meladas, uno de los laboratorios bilbaínos FAES (fundados en 1933 y aún en funcionamiento) y otra en la que pueden leerse las letras “URO...” (Urodonal, un antiácido y antiartrítico, fabricado en Barcelona y París). La aparición de estos elementos permite reforzar la idea de que la estructura pudo haberse empleado como botiquín, aunque su número es demasiado escaso para establecer una hipótesis sólida.

Barracón semiexcavado 51

En este barracón se practicó un sondeo en la parte central, donde se apreciaba el afloramiento de uno de los muros laterales. La excavación reveló que el muro se hallaba bien conservado, mejor que en el resto de los barracones intervenidos. En su punto más elevado mide 70 centímetros de altura. Está construido con mampuestos prendidos con barro —tal y como señalan las fuentes escritas—, sobre los que se dispone la habitual canaleta de desagüe de cemento. El muro NE no se ha conservado, más allá del corte vertical en el terreno que debió servir como base. Los restos de cemento con la impronta de la cubierta de chapa ondulada aparecen en abundancia, repartidos por todas las unidades estratigráficas, evidenciando una vez más el temprano saqueo de los techados.

En el barracón 51 se localizó un centenar de piezas, entre las cuales predominan las atribuibles a la categoría de alimentación (76 elementos), seguidas del material de construcción (15) y la munición (4). En la primera categoría predominan los fragmentos de vidrio de botella, un buen número de ellos atribuibles a un único ejemplar, probablemente de sidra. En el sondeo se recuperó también un fragmento de calzado y alguna pieza singular: lo que puede parecer parte del mecanismo de detonación de un mortero ligero, una pila y la lengüeta de un pequeño borne eléctrico.

Con respecto al material de construcción, junto a los habituales crampones y alambre de espino aparecieron un par de arandelas y un conjunto de 7 clavos junto al muro, que probablemente formaban parte de un paquete cuyo envoltorio no se ha conservado.

En cuanto a la munición, de máuser de calibre alemán y español, no presenta señales de haber sido percutida o disparada, pero sí, en el caso de una vaina española, de haber sido arrojada al fuego.

La prospección en el campo

En la prospección visual y con detector de metales realizada por toda la superficie del campo se pudo apreciar la alta densidad de materiales que aún se encuentran bajo el campo vegetal o en los taludes. En total, en los tres sectores en los que se dividió el campo, se recogieron 488 piezas, a las que habría que sumar las del basurero en

superficie recogido en la prospección inicial de 2023, otros 16 elementos, lo que daría un total de 504. Esto supone un fuerte contraste con la excavación en el interior de los barracones, con evidencias de haber sido expoliados por los vecinos al poco de terminar la guerra, o bien limpiados por los propios prisioneros cuando se clausuró el campamento. Los elementos perdidos o arrojados al campo hasta aquel momento, por el contrario, han permanecido en mayor cantidad.

Por categorías, abundan principalmente las piezas relacionadas con la alimentación (238 elementos, un 47,22% del total), seguidas del material constructivo (119, un 23,61%), la munición (99, un 19,64%), los elementos de indumentaria (11, un 2,18%), la metralla (8, un 1,59%) y los materiales médicos (6, poco más de un 1%).

En cuanto a la alimentación, se ha recogido un importante número de latas de conserva (163), entre las que predominan, a parte de las tipologías indeterminadas, las que contuvieron carne (un número mínimo de 17 unidades). Entre ellas, al menos dos son inequívocamente importaciones de Argentina como las documentadas en el campo de Casa del Guarda en Jadraque. Después encontramos las de leche condensada (13, todas ellas de la marca “El Niño”, aunque algunas de las cilíndricas indeterminadas pudieran haber contenido también el mismo producto), las de atún (también 13), y sardinas (12), así como una de anchoas. De entre las de sardinas hemos localizado algunos ejemplares que conservan restos de pintura, alguna con la marca aún legible: “JOSÉ BARRERAS /SARDINAS EN ACEITE” (Figura 9); “SARDINAS EN ACEITE/HERRERO Y HERMANOS, Candás, España”; y sardinas en tomate de “Conservas Goday”, de Vilagarcía de Arousa.

Figura 9. Lata de sardinas en aceite “José Barreras” con restos de pintura, hallada en prospección. Autor: Luis A. Ruiz Casero



También se han encontrado una docena de huesos de animal, identificables con restos del rancho, y hasta 59 fragmentos de vidrio de bebidas alcohólicas. También en algunas resulta legible la marca: cuatro (número mínimo de ejemplares) de cerveza “Cruz del Campo” (ahora comúnmente llamada Cruzcampo), tres de vino de Jerez (dos de “Pedro Domecq”, una de la bodega “Bertola”); así como los restos de al menos tres botellas que pudieron contener licor. Se recogieron asimismo dos elementos de cubertería: una cuchara y un fragmento indeterminado de cubierto, probablemente otra cuchara o un tenedor. Es destacable el predominio de las cucharas entre los elementos de cubertería, como en otros contextos concentracionarios, que quizá tuviera que ver con una

prohibición del uso de cuchillos o tenedores entre los presos como medida de seguridad (González-Ruibal, *et al.*, 2011: 718).

En el material constructivo predomina el alambre, a partes prácticamente iguales entre el sencillo (23 fragmentos, entre ellos dos mallas metálicas), y el de espino (24 fragmentos), que sirve para documentar las alambradas de doble hilera de piquetas que rodearon los barracones según la documentación escrita. A estas mismas alambradas pueden atribuirse también los crampones y grapas metálicas (13 elementos) y la propia piqueta metálica de alambrada de uso militar que se halló. Especialmente reseñable es el hallazgo de hasta cinco fragmentos de la chapa de elefante que techó las estructuras del campamento, algunas con marcas de corte relacionadas con el saqueo del lugar tras la guerra por los vecinos. También se encontraron los restos de tres cubos metálicos — uno de ellos de factura artesanal, fabricado con un bidoncillo al que se le incorporó un asa con cable eléctrico (Figura 10)—, y que pudieron ser empleados como herramientas o bien para acarrear agua o rancho al campamento.

Figura 10. Cubo artesanal.
Autor: Luis A. Ruiz Casero



Resultan llamativos los abundantes hallazgos relacionados con la munición, a los que, si sumamos la metralla, nos encontraríamos con hasta 106 elementos “de combate”, lo que nos hizo pensar de inmediato en la posibilidad de que la lucha durante la ofensiva del Alto Tajuña hubiera llegado hasta el valle. Pero por una parte hay que descartar hasta 14 de los cartuchos percutidos localizados, pues pertenecen a una pistola Remington de bajo calibre, un arma de competición empleada muchas décadas después del fin de la guerra. Haberlos localizado juntos testimonia un único episodio de empleo recreativo de armas de fuego, quizá en la década de los 70 u 80. Por otra parte, aunque sea imposible discriminar un episodio y otro a través de la prospección, pensamos que al menos parte de la munición localizada se encuadra, más que en la Batalla Olvidada, en el campamento de prisioneros de los BBTT. Los calibres que sabemos empleaban los guardianes encajan perfectamente con los hallazgos de munición menos habituales entre las tropas de primera línea.

Centrándonos en la munición claramente adscribible a la Guerra Civil, predominan, en primer lugar, los elementos de calibre 7x57 —Mauser espanyol—, con 33 ítems recogidos. Después encontramos el 6,5x52 —Carcano—, con 11; el .303 British, con 8; el

7,92x57 —Mauser alemán, aunque también ha aparecido una vaina checoslovaca—, con 7; el 7,62x54R —Mosin-Nagant—, con 4; seguido de un calibre de pistola o subfusil, el 9x23 “Nueve Largo”, con 3 ejemplares. También apareció un único elemento de 8x50R —Lebel— (una vaina percutida); y un fragmento de vaina tipo Mauser de calibre no identificable, así como restos de varias cajas de cartuchos. A diferencia de la munición localizada en la excavación de las estructuras, sin marcas de percusión, una parte importante de la hallada en prospección evidencia que se hizo fuego en la zona: 31 de las vainas aparecen percutidas (20 de 7x57, 6 de .303 British, 3 de 9x23, 1 de 8x50R, y una de 6,5x52), y dos de las balas (una de 7x57 y la de 7,62x54R) tienen señales claras de haber impactado. Mención especial merecen las vainas del Nueve Largo de la Pirotécnica de Sevilla, localizadas en el Sector 3, de las que se ha encontrado una curiosa correspondencia en el otro extremo del campamento: como se ha visto, en la excavación de la estructura 12 se ha hallado una bala de este calibre. Las armas que la empleaban no aparecen entre la dotación oficial de los guardianes de los BBTT, aunque no era extraño entre los oficiales y suboficiales de ambos bandos que adquiriesen una pistola a título particular. Es posible que nos encontremos ante una evidencia de disparos desde el sur del campamento contra los barracones del norte por parte de algún mando franquista.

Por otra parte, la elevada cantidad de munición de 7x57 recogida, no parece tener buen encaje con el único ejemplar de fusil del que tenemos constancia que equipaba a las unidades de BBTT que pasaron por el campo. La explicación más razonable es que, en efecto, los combates de la ofensiva del Alto Tajuña alcanzaron el Prado de la Zarza, algo no documentado hasta el momento en la historiografía.

Muchos de los elementos vinculados a la metralla resultan imposibles de identificar, pero dos de ellos fueron fácilmente reconocibles: una caperuza de la granada ofensiva italiana OTO (“Odero-Terni-Orlando”, fábrica armamentística de Génova) y una rosca, probablemente relacionada también con una granada de mano; así como una pieza de la espoleta del mortero Valero de 50 mm, en la que puede verse el logo de ECIA (la fábrica vizcaína “Esperanza y Cía, S.A.”) y una fecha: noviembre de 1937. Se trata por tanto de una pieza fabricada ya para el ejército sublevado, dado que toda la franja cantábrica se encontraba en poder de Franco desde octubre de ese mismo año. Ambos elementos son atribuibles con seguridad a los combates de la ofensiva del Alto Tajuña en la zona.

Con respecto a la indumentaria, entre los hallazgos destacan algunos elementos que parecen inequívocamente militares, como un par de tachuelas de bota y dos remaches aparentemente de correa de Carniago.

En cuanto a los elementos relacionados con la medicina, aparecieron restos de un envase de la farmacéutica FAES —probablemente pertenecientes al mismo ejemplar de la estructura 44—, y una caja metálica cilíndrica similar a las de la crema hidratante “Nivea”. En el basurero localizado en la prospección de 2023 se recogieron una botella de agua oxigenada, dos fragmentos de envase del reconstituyente “Ceregumil”, y dos fragmentos de otro envase de medicamentos indeterminado.

Discusión y conclusiones

Entre los escasísimos hallazgos posteriores a 1939, se localizaron en la prospección un par de piquetas de tienda de campaña moderna. Documentábamos así la última fase de ocupación del Prado de la Zarza, muy reciente. Hace pocos años se estableció aquí otro campamento, no en este caso destinado a los aterrorizados prisioneros de guerra de un régimen dictatorial, sino para adolescentes que disfrutaban de sus vacaciones de verano: en 2011 los “Boy Scouts” plantaron sus tiendas “Quechua” junto a las ruinas de los viejos barracones, sin tener la más remota idea de lo que se trataban, o quizá incluso sin reparar en ellas.

No es casual que los “Scouts” escogieran el Prado de la Zarza como lugar de acampada. Cuando, en primavera de 2023, nuestro equipo llegó por primera vez allí, quedó sobrecogido. Las fotografías aéreas y la cartografía que habíamos consultado previamente no nos anticiparon la belleza del lugar. Los espectaculares cortados del Tajuña creaban un ambiente en el valle extrañamente calmado, silencioso. Por los pastos de un color verde intenso junto al río trotaba una pareja de caballos blancos. No había, aparentemente, rastro de actividad humana en kilómetros a la redonda. Al fin y al cabo, nos encontrábamos en el corazón del desierto demográfico de la Serranía Celtibérica, la Laponia del Sur. Solo al recorrer minuciosamente las laderas comenzamos a reparar en los zanjones en el suelo, los basureros de latas de conserva oxidadas y vidrios rotos que afloraban aquí y allá entre la hojarasca de las encinas. Solo unos pocos centímetros de tierra y humus separan el *locus amoenus* de los Scouts del *locus terribilis* de los esclavos de Franco.

El valle era probablemente un lugar tan bucólico como hoy en día a principios del siglo XX. Su descenso a los infiernos comenzó una mañana de primavera de 1938, cuando las balas y la metralla violentaron el paisaje pacífico, en el seno de la ofensiva del Alto Tajuña. Allí seguían sus restos ochenta y cinco años después, permitiéndonos arrojar luz sobre un episodio desconocido de la batalla. Hasta ahora, las monografías publicadas que han tratado la ofensiva han pasado por alto ese encuentro (Ruiz Casero 2023; Romero 2020), eclipsado por los choques más enconados en el cercano vértice Valdelagua. Sin embargo, rastreando entre la documentación militar, encontramos una mención a los hechos entre los informes del Regimiento de Caballería del Ejército del Centro republicano:

A las 23 horas del día uno [de abril, 1938], se recibe la orden particular del Jefe de la División [...]: el grupo de Escuadrones agregado a esa División con la 66 Brigada Mixta iniciará el movimiento ofensivo a las 16 horas, el 1º por el río Tajuña hasta Cortes y el 2º en dirección a Sotodosos comunicándosele dicha orden al jefe del 1º grupo a las tres horas de este día. En virtud de esta orden, el 1º grupo llega dividido, marchando un Escuadrón (segundo Escuadrón del Regimiento) en dirección a Sotodosos, y el 4º marcha en dirección a Cortes de Tajuña.

[...]

Por orden del Jefe de la 66 Brigada parte el Escuadrón a las siete de la mañana a realizar el servicio siguiente: de protección de flanco, exploración y descubierta en dirección a Cortes de Tajuña llegando al valle situado entre el Rondal y Cerro Rojo, donde fue intensamente tiroteado por morteros y fusilería. En vista de lo cual, intenta seguir el servicio por vértice Cerro, cerca del Tajuña; para ello se envía una sección que tome posiciones para proteger el avance de una partida de descubierta al mando de un Oficial. Esta partida fue intensamente tiroteada, resultando de momento desaparecidos un Teniente, un Cabo y seis soldados [de los cuales volverían por la noche el teniente, el cabo y cuatro soldados], y muertos ocho caballos. Para proteger esta partida establece por una sección, permaneciendo el resto del Escuadrón a caballo, haciendo fuego al enemigo con la infantería, el cual se retiró a las 14 horas, hasta las diecisiete en que recibió orden del Jefe del grupo de retirarse¹¹.

Así, el material bélico hallado puede atribuirse al combate consignado en esos partes, una acción frustrada por parte de la 5.ª División republicana el día 2 de abril de 1938, que pretendía envolver con fuerzas de caballería el flanco derecho franquista aprovechando el cauce del Tajuña, aparentemente oculto a la visión enemiga. Fue una acción a pequeña escala, sin una transcendencia mayor en el desarrollo general de la ofensiva que hacer consciente al mando republicano que las posibilidades de flanquear a los

sublevados eran nulas por el ala oeste. La batalla no iba a decidirse con audaces penetraciones por los valles, sino a través de brutales asaltos frontales en las cotas dominantes.

El episodio fugaz dio paso a una ocupación mucho más estable pocos meses más tarde. Los trabajos han permitido conocer con un considerable nivel de detalle el llamado campamento de Cortes, desde sus antecedentes en las parideras del entorno, pasando por su génesis en el verano de 1938, hasta su abandono y expolio con el fin oficial de la guerra. La documentación localizada en los archivos ha permitido conocer quién lo construyó y en qué momento concreto, así como quiénes lo habitaron. La materialidad revelada en la intervención arqueológica nos ha acercado a las condiciones de vida de estos habitantes —prisioneros y guardianes—, y ha evidenciado el porqué de su construcción en ese lugar concreto.

La documentación topográfica del campamento en su conjunto ha revelado un espacio de unas dimensiones considerables —cerca de 3 hectáreas—, conformado por decenas de estructuras de varias tipologías. Aquí el empleo de la arqueología para el estudio de contextos contemporáneos pone una vez más de relieve su potencial con respecto a las fuentes tradicionales de la Historia, revelando una complejidad y una escala mucho mayores a las descritas por la documentación militar, como se ha descrito más arriba.

El campamento fue construido en un cruce estratégico de caminos en el despliegue franquista en el Alto Tajuña, mucho más vinculado con el pueblo de Cortes de Tajuña que en el caso del campamento de Jadraque con su equivalente, Villanueva de Argecilla. Se ponen así de manifiesto las condiciones de la guerra total, en la que las fronteras entre lo civil y lo militar se difuminan. Los prisioneros de Cortes y las tropas franquistas desplegadas en la zona mantenían un contacto constante con la población local, como evidencia el análisis del paisaje y refrendan los testimonios escritos (Zubikarai, 1983: 149-170). Los vecinos conocían lo que ocurría en el campamento, y estaban implicados, aún en contra de su voluntad, en sus dinámicas represivas. Los presos trabajaban a la vista de los civiles, en ocasiones en las propias infraestructuras del pueblo, y éstos se veían obligados a presenciar los efectos más brutales de las privaciones y la disciplina de los guardianes, llegando, en ocasiones, a acarrear y enterrar a sus víctimas.

El diseño del campamento, en semicírculo, se emparenta con la arquitectura penitenciaria que pondría en funcionamiento el franquismo, donde los guardianes podían vigilar todos los accesos desde un área central. La morfología del terreno, rodeado de cerros y barrancos, acentúa la sensación de vigilancia opresiva hacia los prisioneros. Comparado con otros campamentos de BBTT como el de Jadraque, el del Prado de la Zarza mostraba una regularidad mucho mayor en la disposición de los barracones. Mientras que en Jadraque la distribución era aparentemente improvisada, en el Prado de la Zarza se observa una geometría precisa, con barracones de dimensiones uniformes, todos techados con chapa de elefante. Esas cubiertas, similares a las empleadas en los barracones modulares británicos y norteamericanos durante las dos guerras mundiales (*Nissen y Quonsen Huts*), facilitaban la construcción y aportaban un aspecto uniforme. Sin embargo, la vocación de confort que marcó el proyecto de Peter Nissen (Draper 2017: 97) no se encuentra en los barracones franquistas. Mientras que en los modelos británicos se trató de buscar siempre el aislamiento térmico —las chapas estaban diseñadas para ser superpuestas con las acanaladuras en perpendicular, creándose una cámara de aire entre ellas—, los barracones del Prado de la Zarza debieron ser unos agujeros húmedos, sofocantes en verano y heladores en invierno.

Aunque las excavaciones arqueológicas no han podido confirmar con certeza el uso específico de todas las estructuras, se ha identificado que los barracones pequeños semiexcavados eran, con seguridad, las viviendas de los prisioneros. Eran insalubres y oscuros, y apenas permitían que los ocupantes se incorporaran. La falta de ventilación y las

pésimas condiciones higiénicas se evidencian, entre otros hallazgos, en la presencia de heces de roedores en los niveles de uso.

Las condiciones de vida en el campamento de Cortes de Tajuña eran atroces, a pesar de su aparente regularidad y organización más “limpia”. Se ha estimado que cada prisionero disponía de entre 1,8 y 2 metros cuadrados para dormir y almacenar sus pertenencias, cifras que reflejan un nivel de hacinamiento aún mayor que en el campamento de Casa del Guarda. Los prisioneros no solo sufrían por la falta de espacio y el frío, sino que también eran explotados laboralmente hasta la extenuación, siendo forzados a construir barracones, pistas militares, puentes y fortificaciones sin las herramientas necesarias.

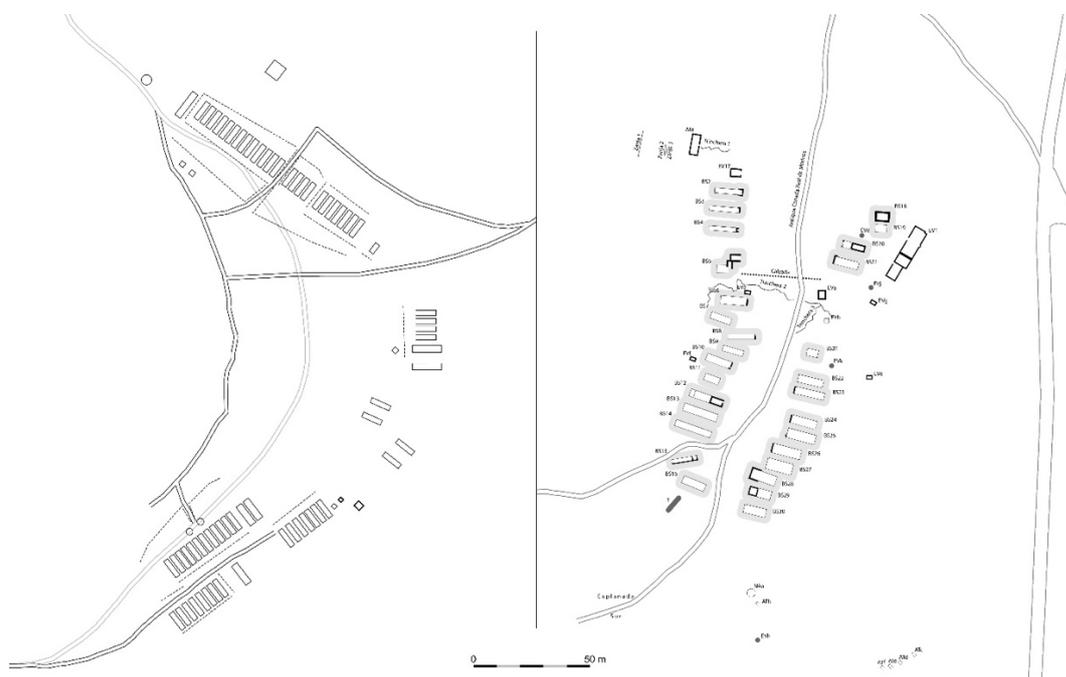


Figura 11. Comparativa de las plantas del campamento del Prado de la Zarza (izquierda) y de la Casa del Guarda (derecha). Autor: Alejandro González Trejo

El maltrato físico por parte de los guardianes era constante, llegando a haber asesinatos de prisioneros, como lo confirman tanto los testimonios de los supervivientes como las evidencias materiales halladas en cierta abundancia tanto en el propio campamento como fuera de él. En el exterior del cementerio viejo de Cortes de Tajuña se localizaron enterramientos de prisioneros forzados, y en los alrededores del campamento se hallaron abundantes restos de munición percutida, compatibles con las armas de los guardianes.

Aunque no se ha encontrado evidencia documental del uso del campamento como campo de concentración tras la caída del frente en marzo de 1939, las características del lugar, junto con algunos hallazgos, como latas de conservas argentinas —importadas por la República hacia el final de la guerra y luego recapturadas por el ejército franquista, como puso de manifiesto la intervención en Jadraque—, podrían sugerir un uso provisional para este fin. En la literatura testimonial que menciona el final de la guerra en Guadalajara aparecen noticias fidedignas sobre campos de concentración improvisados sobre

los que no se ha encontrado documentación en los archivos militares. Que el de Cortes fuera uno de estos recintos queda, por el momento, dentro del terreno de la hipótesis.

Notas

1. Queremos agradecer a Julián Dueñas, historiador y familiar de víctimas de la represión franquista, su acompañamiento en la investigación y su continua orientación fundamentada en su amplio conocimiento de la información documental sobre la Guerra Civil y la dictadura franquista en Guadalajara.
2. AGMAV, C. 924, 20, 2
3. *Ibíd.*; AGMAV, C. 2324, 46 bis, 10; CGG, 2, 116, 15, 15.
4. AGMAV, C. 2324, 46 bis, 10.
5. AGMAV, C. 924, 20, 2.
6. AGMAV, C. 2324, 46 bis, 10; CGG, 2, 116, 15, 15.
7. AGMAV, C. 74, 2, 3; C. 1214, 45.
8. AGMAV, C. 74, 2, 3.
9. AGMAV, C. 74.
10. Se documentaron también idénticas marcas de digitación en el cemento de los estribos del cercano pontón, construido, según la memoria oral por los mismos prisioneros (varias entrevistas en el campamento de Cortes de Tajuña, 22/IV/2024-10/V/2024).
11. AGMAV, C. 745, 9, 1.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2006). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Madrid: Pretextos.
- BIASATTI, S. y COMPAÑY, G. (2010). “¿Restitución o reinstauración? Acerca del papel de la Arqueología en el proceso de recuperación de la memoria histórica en Argentina (1976-1983)”. En J. Almansa Sánchez (Ed.), *Recorriendo la memoria*. Oxford: BAR International Serie, Oxford University Press: 15-20.
- BUCHLI, V. y LUCAS, G. (Eds.) (2001). *Archaeologies of the contemporary past*. Routledge, Oxon.
- CARANDINI, A. (1997). *Historias en la tierra: manual de excavación arqueológica*. Barcelona: Crítica.
- CICRC (1953). *Livre blanc sur le système pénitentiaire espagnol*. París: Le Pavois.
- CRIADO BOADO, F. (1993). “Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje”. *SPAL: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla*, 2: 9-55.
- DELEUZE, G. (2006). “Concentración y poder mundial. Post-scriptum sobre las sociedades de control”. *Polis*, 13: 1-7.
- DRAPER, K. L. (2018). *Wartime Huts: The Development, Typology, and Identification of Temporary Military Buildings in Britain 1914-1945* [tesis doctoral]. Universidad de Cambridge.
- FERMÍN MAGUIRE, P. y BERNARDES ROSA, M. (2022). “La Fazenda Guarani: Arqueología e Historia Indígena de un campo de concentración en Minas Gerais, Brasil”. En MARÍN SUÁREZ, C. y GUGLIELMUCCI, A. (Coords.), *Materialidades, memorias y violencias en Sudamérica*. Dossier de la revista Millars. Espai i Història, Vol. 53. Universitat Jaume I, Castelló: 25-53.
- FUNARI, P.P.A. y ORSER, Ch.A. (ed.) (2015). *Current perspectives on the Archaeology of African Slavery in Latin America*. Springer, Londres.
- FUNARI, P.P.A. y ZARANKIN, A. (Eds.). (2006). *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.

- GARCÍA FUNES, J.C. (2022a). *Desafectos. Batallones de trabajo forzado en el franquismo*. Granada: Comares.
- GARCÍA FUNES, J.C. (2022b). "Trabajo forzado dependiente del sistema concentracionario franquista: organización, cifras, lógicas y dinámicas". *Revista catalana d'història*, 15: 79-103.
- GÓMEZ BRAVO, G. (2007). *La Redención de Penas. La formación del Sistema Penitenciario Franquista (1936-1950)*. Madrid: Catarata.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2007). "Making things public: archaeologies of the Spanish Civil War (1936-39)". *Public Archaeology*, 6(4): 259-282.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2008). "Time to Destroy. An Archaeology of Supermodernity". *Current Anthropology*, 49(2): 247-279.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2011). "The Archaeology of Internment in Francoist Spain (1936-1952)", en Myers, A. y Moshenska, G. (Eds.) *Archaeologies of Internment. London and New York*: Springer: 53-88.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2019). *An archaeology of the contemporary past*. Routledge. Oxon.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A., FRANCO FERNÁNDEZ, A., FALQUINA APARICIO, Á., FERNÁNDEZ BLANCAFORT, I., LAÍÑO PIÑEIRO, A., & MARTÍN HIDALGO, P. (2010). "Excavaciones arqueológicas en el frente de Guadalajara. Una posición franquista en Abánades (1937-1939)". *Ebre* 38, 5: 219-244.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A.; COMPAÑY, G.; FRANCO FERNÁNDEZ, A.; LAÍÑO PIÑEIRO, A.; MARÍN SUÁREZ, C.; MARTÍN HIDALGO, P.; MARTÍNEZ CAÑADA, I.; RODRÍGUEZ PAZ, A. Y GÜMIL FARIÑA, A. (2011). "Excavaciones arqueológicas en el campo de concentración de Castuera (Badajoz). Primeros resultados". *Revista de estudios extremeños*, 67 (2): 701-749.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. Y RUIZ CASERO, L. A. (2022). "La ofensiva del Alto Tajuña a través de la arqueología. Crónica de un proyecto (2010-2014)". En CASTELLANO RUIZ DE LA TORRE, R.; MORÍN DE PABLOS, J.; RUIZ CASERO, L. A. (Eds.); *La Guerra Civil española en Guadalajara y Montes Universales (Cuenca y Teruel)*. 1936-1939. Madrid: AUDEMA: 171-185.
- HABER, A. (2011). "Nometodología Payanesa: Notas de Metodología Indisciplinada". *Revista Chilena de Antropología*, 23(1): 9-49.
- HARRIS, E. C. (1991). *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona: Crítica.
- HERNÁNDEZ DE MIGUEL, C. (2019). *Los campos de concentración de Franco: Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas*. Barcelona: Ediciones B.
- LARUELO ROA, M. (1999). *La libertad es un bien muy preciado. consejos de guerra celebrados en Gijón y Camposancos por el ejército nacionalista al ocupar Asturias en 1937: testimonios y condenas*. Gijón
- MARÍN SUÁREZ, C. (2014). "Arqueología de los campos de concentración del s. XX: Argentina, Chile, Uruguay y España". *Arkeogazte*, 4: 159-182.
- MARÍN SUÁREZ, C. y GUGLIELMUCCI, A. (Coords.) (2022). *Materialidades, memorias y violencias en Sudamérica*. Dossier de la revista Millars. Espai i Història, Vol. 53. Universitat Jaume I, Castelló.
- MUSANTE, M.; PAPAŽIAN, A. y PÉREZ, P. (2014). "Los campos de concentración indígena como espacios de excepcionalidad en la matriz estado-nación-territorio argentino", en *Prácticas genocidas y violencia estatal en perspectiva transdisciplinar, IIDyPCa*, Bariloche: 66-95.
- MYERS, A. y MOSHENSKA, G. (Eds.). (2011). *Archaeologies of Internment*. London and New York: Springer.
- MYERS, A. T. (2008). "Between Memory and Materiality. An Archaeological Approach to Studying the Nazi Concentration Camps". *Journal of Conflict Archaeology*, 4(1): 231-245.
- PADÍN GALLO, F. (2017). *República, guerra y campos de concentración. Memorias de un anarquista bilbaíno*. Bilbao: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo
- POLLAK, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al límite.
- RAZAC, O. (2015). *Historia política del alambre de espino*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- RODRÍGUEZ SIMÓN, P; GONZÁLEZ-RUIBAL, A.; AYÁN VILA, X.; MARÍN SUÁREZ, C.; FRANCO FERNÁNDEZ, M.A.; MARTÍNEZ BARRIO, C.; LAÍÑO PIÑEIRO, A. y GARFI, S. (2016), "Arqueología

- de la Guerra Civil en la batalla de Belchite. International Brigades Archaeology Project”, en José Ignacio LORENZO LIZALDE y José María RODANÉS VICENTE (Eds.), *Actas del I Congreso de Arqueología y Patrimonio Aragonés*, celebrado en Zaragoza los días 24 y 25 noviembre de 2015. CAPA, Zaragoza: 711-722.
- RODRIGO, J. (2005). *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Barcelona: Crítica.
- ROSIGNOLI, B.; MARÍN SUÁREZ, C. y TEJERIZO GARCÍA, C. (Eds.) (2020). Arqueología de la dictadura en Latinoamérica y Europa. *BAR International Series S2979*, Londres.
- RUIZ CASERO, L.A. (2021). *Los flancos del asedio de Madrid: un estudio comparado de los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara (1937-1939)* [Tesis doctoral]. Madrid: UCM.
- RUIZ CASERO, L.A. (2023). *Sin lustre, sin gloria. Toledo y Guadalajara, frentes olvidados de la Guerra Civil*. Madrid: Desperta Ferro.
- RUIZ CASERO, L. A., y GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2022). *Arqueología del campo de concentración de Casa del Guarda (Jadraque, Guadalajara). Estudio de fuentes documentales, prospección y excavación* [Memoria técnica de excavación depositada en el Museo de Guadalajara]. Madrid.
- RUIZ CASERO, L. A., y GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2023). “Carne para Grajos: arqueología del campo de concentración franquista de Casa del Guarda, 1938-1939 (Guadalajara, España)”. *Discursos Del Sur, Revista De teoría crítica en Ciencias Sociales*, 1(11): 63-96.
- RUIZ CASERO, L. A., y GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2024). *Campos de concentración en Guadalajara: Estudio arqueológico del campo de Prado de la Zarza de Cortes de Tajuña (Alcolea del Pinar)* [Memoria técnica de excavación depositada en el Museo de Guadalajara]. Madrid.
- SARLO, B. (2012). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TRAVERSO, E. (2022). *La Historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del s. XX*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- TODOROV, T. (1993). *Frente al límite*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- ZARANKIN, A., SALERNO, M. y PEROSINO, M. C. (Eds.). (2012). *Historias desaparecidas: arqueología, memoria y violencia política*. Córdoba: Editorial Brujas.
- ZUBIKARAI, A. (1983). *Makilen egunak : guda baten kerizpe eta autsetan*. Gernika: Gaubeka.
- WOLF, E.R. (2006). *Europa y las gentes sin Historia*. Fondo de Cultura Económica, México.

Autoría: El presente artículo ha sido conceptualizado y escrito por Luis Antonio Ruiz Casero, Alfredo González Ruibal, Carlos Marín Suárez, Alejandro González Trejo, Marianna Bucchioni, Pedro Rodríguez Simón, Eduardo Alcántara Díez, Xurxo Ayán Vila, Candela Martínez Barrio, Diana Romo Guijarro, Giulio Roberto Bartuli, Lucía Valentín-Gamazo Pintado, Agnese Giannini. Los autores declaran estar de acuerdo con la versión impresa del manuscrito.

Conflictos de interés: Los autores declaran no tener ningún conflicto de interés

Copyright: © 2024 de los autores. Presentado para la publicación de acceso abierto bajo los términos y condiciones de la licencia Creative Commons Attribution (CC BY, <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0>).